



El Rey Cangrejo

José García Escobar

01

Índice

Alaska, enero de 2003.....	7
Guatemala, septiembre de 2002.....	29
Alaska, enero de 2003	35
Guatemala, septiembre de 2002	47
Alaska, enero de 2003.....	57
Guatemala, septiembre de 2002	69
Alaska, enero de 2003.....	75
Quetzaltenango, septiembre de 2002	89
Alaska, enero de 2003	95
Guatemala, septiembre de 2002.....	101
Alaska, enero de 2003.....	109
San Juan Ostuncalco, octubre de 2002	117
Alaska, enero de 2003.....	125
Los Ángeles, noviembre de 2002.....	135
Alaska, enero de 2003.....	147
Los Ángeles/Seattle/Alaska, diciembre de 2002	167
Alaska, febrero de 2003	173

Alaska, enero de 2003

7

Hook, rope, wheel, cage, crab, bait. Así aprendí a pescar. *Hook, rope, wheel, cage, crab, bait.* Marcelo me dijo que me aprendiera esas palabras. «En inglés, —decía—. Nadie te va a hablar en español». Marcelo era el líder de grupo, el *group leader*. Él dirigía las pescas.

Hook. Y tiré el gancho al agua. Casi no veía nada, las olas aplaudían frente a nosotros. El agua era tan helada que me quemaba la cara. Tiré del *hook* hacia mí. Nada. A veces cuesta. Otra ola. Casi no escuchaba las voces de la gente. *Hook.* Otra vez. Esta vez sí había atrapado la sogá, la *rope*.

El mar estaba bravo, parecía como si nos estuviera escupiendo, soplando. Movía la barriga como queriéndonos tumbar. Cora encendió más luces.

«*Rope*», dije. «*Rope*», otra vez, y los hombres en cubierta respondieron: «*Rope*». Marcelo pasó a mi lado y entre los dos empezamos a jalar la sogá hacia nosotros y hacia abajo, a nuestros pies, hasta que se formó un charco anaranjado. Los dos estábamos vestidos de rojo. Era jueves. Los jueves usábamos los overoles rojos.

—*Go* —me dijo Marcelo—. ¡Llévala! *Quick!*

—*Watch out!* —gritó alguien.

Tan pronto como me di la vuelta, una ola me propinó un manotazo en la espalda. Caí de frente. Apenas pude meter las manos. Había tanta agua sobre la cubierta que me deslicé hasta chocar contra los pies de Marcelo. Mientras seguía de rodillas, vi una ola enorme y azul estallar frente a la proa. El Sueco pasó empujándome, me dijo que me apurara.

8 —*Hurry up*, pendejo —dijo, y ayudó a Marcelo a jalar la *rope*—. *Go get the wheel!*

Gateé hasta la *wheel* y empujé la *rope* dentro.

—*Hurry!* —repitió el Sueco.

—¡Ya está, hombre! —y presioné el botón de inicio. El caucho de la *wheel* empezó a rodar y a tragar la soga. La enrollaba dentro de un tonel de metal que crujía como lavadora.

Sentí otro manotazo abusivo en la espalda. Marcelo y el Sueco seguían tirando de la soga. El barco se mecía. Rechinaba como una silla vieja, como a punto de derrumbarse. Imaginé las astillas del barco estallando como fuegos artificiales. Un grupo de gaviotas se acercó a babor. Gritaron. Pensé que estaban pidiendo que nos apuráramos, que les tiráramos los pescados que no íbamos a usar. Volví a ver a la cabina. Cora giraba el timón de un lado a otro, esquivando las olas —olas que aparecían de la nada, olas sin dirección, olas que venían de un lado y luego olas que venían de otro lado, olas en remolino, y olas tan altas y robustas como edificios medianos.

Mientras la *wheel* enrollaba la soga, volteé a ver el mar. Era un mar enorme, extenso, con mil manos azules que cortaban furiosas el paisaje, manos que parecían llegar hasta nosotros. Una lo logró. Nos golpeó de revés con su palma y cinco dedos sobre la cubierta. Caí de frente.

—*Damn it!* —gritó el Sueco, o quizás Marcelo.

—*Cora, get us outta here* —dijo Marcelo, mientras él y el Sueco seguían jalando la soga—. Omar —volteó a verme—, Omar, agárrate, hermano. Nos quiere hundir la maldita.

Hook, rope, wheel, empecé a rezar. *Hook, rope, wheel*. Iba de rodillas de regreso a la cabina. Otros pescadores se arrastraban al lado mío. Hugo cayó de bruces frente a mí.

—*Careful with the ice* —dijo Hugo.

Las gaviotas se elevaron hasta desaparecer. Luego, sin más aviso que un silencio previo, otro manotazo cayó sobre la cubierta. Alguien, no logré ver bien quién, me puso un casco. Durante uno de esos rítmicos bamboleos el barco se inclinó hasta casi voltear. El agua se filtró sobre cubierta. Sentí un chorro de agua fría dentro de mi capuchón. Nunca había sentido un zangoloteo semejante, como temblor.

—*Cora!* — volvió a gritar Marcelo—. *Get us outta here!*

El viento azotaba nuestras ropas.

Cora encendió las luces de emergencia. En los cinco días que llevaba a bordo del Blue Attu, Cora había encendido las luces de emergencia una vez, el día siguiente que salimos del Dutch Harbor, cuando Milo, borrachísimo, cayó al agua. Yo casi me tiro a salvarlo. El mar estaba

tranquilo ese día y no había tanto frío, ni siquiera usaba guantes. Pero el Sueco me agarró del cuello y me preguntó si me quería morir.

—*Do you want to die*, pendejo? —dijo, me tiró al suelo y le aventó a Milo un salvavidas. Marcelo me explicó que Milo ya era hombre muerto.

—Cinco minutos y eres una paleta, hermano —dijo—. Hipotermia.

10 —¿Y qué hacemos? —pregunté, horrorizado, viendo cómo los brazos de Milo entraban y salían del agua, celestes, azules, morados y negros, o quizás yo los imaginé negros.

—*Nothing* —dijo Marcelo, mientras el Sueco le gritaba a Milo que nadara, que agarrara el salvavidas, que...

Esa noche nos repartimos las cosas de Milo. Yo me quedé con sus botas, solo a mí me quedaban. Milo era de Nueva Orleans. Este era su tercer *tour* de pesca. Cuando recién salimos del muelle me dijo que quería traer a su hermano. «El próximo año, tal vez», dijo. Me sorprendió la tranquilidad de la gente y cómo se aventaban las cosas de un hombre muerto como si fueran juguetes: su reloj, su brújula (los gringos le dicen *compass*) sus chaquetas, sus guantes...

—*What? You don't want the boots?* —me dijo el Sueco—. ¿No quieres las botas?

Le dije que *yes* y me quedé callado.

La alarma ladraba. Hugo, a mi lado, tiritaba. El resto de sonidos me llegaban como enmudecidos. Apenas podía ver a través del agua que caía sobre mi cara. Por ahí logré ver a Marcelo y al Sueco abrazando un tubo de metal, por allá la gente respirando con la boca abierta, y más allá el ojo rojo de las luces de emergencia. Otra cachetada. El agua caía con la fuerza de un martillo. ¡Morongazos de agua! Algunos de los peces se salían de sus depósitos. Nuestras herramientas se deslizaban sobre la cubierta y saltaban al agua. El Blue Attu dio un brinco. Por un par de segundos quedamos suspendidos en el aire, sobre el mar. Vi diminutas gotas que parecían no moverse, para luego... panzazo de vuelta al mar. Yo reboté también. Todos rebotamos igual que luchadores sobre la lona. Me golpeé el hombro y pensé que me lo había quebrado, o zafado... o algo así. Empecé a girarlo sobre sí, comprobando su rotor. Pensé en los rotores del barco, incapaces de llevarnos a un llano. Imaginé que la tormenta era tan absoluta que llegaba hasta el Dutch Harbor.

—¡Cora! —gritó Marcelo.

Busqué la cabina de Cora, sus brazos delgados giraban el timón hacia estribor. *Starboard*. Marcelo me enseñó que estribor se dice *starboard*.

—Deja de hablar en español —me dijo un día—. Nadie te va a entender.

—Vos me entendés —respondí.

—Sí, pero nadie más.

Por un segundo se estabilizó el barco. Parecíamos flotar ligeramente como un corcho. Pensé que habíamos

rebasado las olas, pero de repente un golpe brusco nos sacudió. Marcelo y el Sueco salieron volando y cayeron de espaldas cerca de mí. Pensé que nos había golpeado una ballena. ¿Hay ballenas en Alaska?

—*The cage* —gritó Marcelo.

—*The cage* —respondieron todos.

Cora volteó a vernos y siguió timoneando. El agua nos llegaba a las espinillas.

12 El Sueco y Marcelo aseguraron la jaula al costado del barco, la *cage*. Tropecé a pocos metros de la orilla. Sentí el borde del barco en mis costillas, pero antes de caer de bruces sobre el mar congelado, el Sueco me volvió a jalar del cuello.

—*Careful, dumbass* —dijo.

Cora nos llevó hasta un llano donde el mar parecía descansar adormecido. Volvimos a vernos unos a otros, como si estuviéramos esperando el pencazo. Nada. Cora apagó las luces de emergencia. Volteé a ver a la distancia, hasta donde llegaban las luces blancas del Blue Attu. Las olas cortaban el horizonte como si nos dijeran: «¡Vengan, pues! Machos si regresan».

El Sueco, Marcelo y yo levantamos la jaula y la llevamos a cubierta. Los cangrejos se sacudían dentro. Cientos de cangrejos. «Las jaulas pueden recoger hasta 400 cangrejos —me enseñó Marcelo el primer día—. Debemos juntar unos cuarenta y cinco mil antes de fin de mes». Corrí a apagar el botón de la *wheel*. *Hook, rope, wheel, cage*, faltan los *crabs*. Aseguramos la jaula a la orilla de una amplia mesa plástica. La volteamos. El agua nos

arrebató la jaula y cayó sobre la mano derecha de Hugo. Casi pude ver sus dedos volteándose y reventar fuera de sus articulaciones, como zanahorias fracturadas.

Los cangrejos cayeron sobre la mesa, unos sobre otros. Algunos cerraban sus tenazas como si se quisieran agarrar de algo. Otros movían sus patitas. *Hook, rope, wheel, cage, crab*. Alguien a mi lado me pasó una escoba para sacar los cangrejos que habían logrado agarrarse de los barrotes de la jaula. *Hook, rope, wheel, cage, crab*. El mar nos dio otro manotazo, ligero pero igual de malintencionado. Logró llevarse a algunos cangrejos de vuelta al mar. Volteé a ver. El agua quería alcanzarnos. Las olas seguían estrellándose cerca de nosotros.

—*Quick, sort'em sort'em*.

Y empezamos a empujarlos a los lados, dentro de las tuberías que llegaban hasta la planta baja. Los pescados iban a cubierta; los cangrejos panza blanca adultos, los *grownup king crabs*, directo a las tuberías, y los más pequeños, de vuelta al mar. «Para que crezcan más», me dijo una vez Marcelo. Vi a Hugo que escondía su mano lastimada debajo de su axila, como un ala quebrada.

Cuando recién llegué no quería agarrar los cangrejos, apenas los empujaba. Las tenazas parecían capaces de atravesar el cuero de mis guantes y volarme un dedo entero, con hueso y todo. «No seas bruto», me dijo Marcelo. «No te van a hacer nada».

Al cabo de un rato, la mesa estaba vacía, excepto por unas algas y trozos de hielo. La gente suspiraba, como aliviada. Cora movía el timón con ligereza. Hugo trataba

de estirar los dedos. Los imaginé tiosos, congelados, pero calientes por el pencazo.

—*Cage* —dijo el Sueco.

Ya teníamos el *crab*, alguien puso la *bait*, tocaba la *cage* otra vez.

—*Cage* —repitió, y Marcelo y yo llevamos la jaula abierta de vuelta al mar.

14 El Sueco abrió el tonel donde se había enrollado la soga y el peso de la jaula la arrastró con rapidez. Me asomé al borde del barco. Me gustaba ver cómo la jaula se llevaba la soga anaranjada. Me gustaba imaginar que habíamos pescado un tiburón enorme y que nos iba a llevar a las profundidades del mar. ¿Hay tiburones en Alaska? Una vez con mi hermano pescamos un tiburón en Izabal. ¿Fue en Izabal?

—¿Todos bien?

Walter Corletto emergió de la planta baja. Le brillaba la coronilla pelona. Asentimos. Volteé a ver a Hugo. Tenía la mano detrás de la espalda.

Walter Corletto era nuestro jefe y el capitán del Blue Attu. Walter Corletto, de Alabama, no tenía una mano. Pescó durante quince años por todo el mar de Bering sin novedad. Decía que cuando pescaba ni siquiera se despeinaba. Pero un día, para *Thanksgiving*, regresó a su natal Alabama, y mientras ayudaba a sus hermanos en la granja, una podadora le voló la mano. El corte fue tan rápido y limpio que no dejó cicatriz, parecía como si hubiera nacido sin mano. Walter Corletto había sido tan buen pescador que, a pesar de su lesión, lo dejaron regresar al Blue Attu, como capitán.

—¿Nadie se cayó? —preguntó Walter Corletto. No sabía si lo había dicho en broma o si estaba genuinamente preocupado por alguien.

—Pendejo *here* casi se cae —dijo el Sueco, viéndome.

Sacamos tres *cages* más antes de terminar el turno, poco antes de medianoche —una noche que nunca termina, siempre está oscuro—. Según me contó Marcelo, en Alaska, en enero es siempre de noche y el sol empieza a salir a principios de marzo. «Te va a joder la cabeza», me dijo un día.

En la última pesca del día rescatamos un espejo —le faltaba una esquina, pero reflejaba mejor que el pedazo de metal que usábamos para rasurarnos por las mañanas—. Teníamos una colección de las cosas que nos regalaba el mar: el recibidor de un teléfono, una chaqueta de cuero, un bate de beisbol, una pata de palo que, como de chiste, le quedaba cabal a Walter Coletto. «Tal vez la próxima te conseguimos una mano», bromeó Marcelo.

—Veo en nuestro futuro un gran festín —dijo el Sueco, usando el espejo como bola de cristal—. Un festín con pavo y papas y vegetales y *pie* de manzana, pero nada de cangrejos. Ni un pinche cangrejo.

Todos reímos. Estábamos en el comedor, el *dining room*. Según me explicó Marcelo, *dining* viene de *dinner*, que significa cena. Entonces, el *dining room* es más un comedor que un comedor. Pero igual, desayunábamos, almorzábamos, merendábamos, chupábamos y jugábamos póquer ahí, en el *dining room*.

Dentro, solo había un foco amarillento que se balanceaba conforme el ritmo del barco. La luz iba y venía de un lado a otro. Parecía cansada, como con sueño. Por ratos parpadeaba y alguien tenía que levantarse a apagarla y volver a encenderla. Acabamos de cenar. *We just had dinner*: una rodaja de pan tostado, una lata de atún y una lata de habichuelas (frijoles rojos, pero Marcelo les dice habichuelas. Los gringos les dicen *beans*).

16

Gringos locos. Sus frijoles son dulces o agridulces. Les hecho sal para calmar la salsa dulce, la *sweet molasses*. Mi nariz se balanceaba entre el agrio aliento del aceite de motor y el tufo de los frijoles dulces.

El Sueco, viéndose en el espejo, se ajustó su cabello dorado.

—Veo en nuestro futuro —dijo— un aumento. *Right, boss?* —y volteó a ver a Walter Corletto. Walter lo insultó y le dijo —o tal vez nos dijo— que podía trabajar las horas extras que quisiera si es que quería(mos) un aumento.

El Sueco pasó el espejo a un lado, a Ryan, un muchacho de Pennsylvania que recién había llegado y todavía vomitaba de vez en cuando por el olor a pescado, o por el meneo, quizás por los dos. Ryan se vio en el espejo por unos segundos y se lo entregó a Marcelo.

Omar —me dijo Hugo, y me mostró su mano derecha. Tenía los dedos enrollados hacia adentro.

—No los puedo mover —dijo.

—¿Rotos? —le pregunté—. *Broken?*

—Creo que sí.

Me acerqué a quitarle el guante, pero Hugo se hizo para atrás. Volteó a ver a Walter.

—*Not here* —dijo.

—Veo en nuestro futuro —dijo Marcelo, sosteniendo el espejo— no más tormentas como la de hoy.

—*Word* —respondió Cora. Un cigarrillo colgaba de sus labios rojos. El humo escalaba su rostro blanco.

Cora era la única mujer piloto en la línea de barcos pesqueros de Blue North. Cora había crecido en Amaknak, Alaska. Su papá había sido piloto y el papá de su papá había sido piloto, y el papá del papá de su papá también había sido piloto. Cora era la mejor piloto de Alaska. Decía que había atravesado tres huracanes. Cora sabía leer instrumentos meteorológicos como nadie. «El mar es como un tablero de ajedrez, Omar —me dijo un día—. Tiene patrones. A veces es impredecible, pero alguien con mi experiencia sabe qué hacer y qué no hacer en el momento adecuado». Cora, de ojos azules y pelo rubio, tenía treinta y dos años. Veinte de esos treinta y dos los había pasado en alta mar, con su padre, a bordo del Blue Attu. Cuando él murió, en el 88, Cora, con solo dieciocho años, se convirtió en la segunda mujer piloto en la historia de la empresa y rápidamente superó la marca de su padre de completar la cuota mensual de pesca en apenas diecisiete días. «Cora nos lleva a lugares que solo ella conoce y por eso terminamos las pescas antes que todos», me dijo Marcelo a los días de llegar al Attu. El 1 de enero del 2005, Cora nos dijo que íbamos a terminar la pesca el día 15. Ya había recibido reportes de otros pilo-

tos y quería llevarnos a los rincones más poblados del mar de Alaska.

18 Yo admiraba mucho a Cora. Era cabrona. No se dejaba de nadie. Dormía apenas cinco horas al día. Cora había entrenado a varios *fishermen* que trabajaban en el turno de medianoche a siete de la mañana. Mientras ella dormía, uno de esos aprendices tomaba el rumbo del Blue Attu. Cora despertaba a las cuatro de la mañana, se bañaba, desayunaba, regresaba al timón, dirigía el barco por las próximas 19 horas, cenaba, a dormir y repetía el proceso todos los días. «Así ha sido siempre —me dijo un día—. Trabajo meses sin descanso y luego me puedo relajar».

Cora ganaba \$8,600 al mes. Cora Shapiro, de Amaknak, Alaska, era la piloto mejor pagada de Blue North, y, por su experiencia, a veces ponía en cintura al mismo Walter.

—¿Qué voy a hacer, Omar? —dijo Hugo. Le temblaba su mano empuñada.

—No se la muestres a Walt.

—Mañana me toca usar el *hook*. No puedo usar la otra mano.

Marcelo le entregó el espejo a Franz de Kentucky.

—Veo en nuestro futuro —dijo Franz— pistolas para ahuyentar a esas gaviotas malditas. *A flare gun at least*.

—Tenemos *flare guns* —dijo Walter—. Pero no las vamos a usar para eso.

—Mañana me toca usar el *hook* y no puedo usar la otra mano, Omar. ¿Qué voy a hacer? *I'm screwed*.

Hugo se veía la mano. Sus dedos se movían en pequeños y rápidos tirones, como patas de cangrejos moribundos.

—¿Qué voy a hacer? —repitió. Su voz era un hilo delgado comparado con el vozarrón varonil que le había escuchado al llegar al barco.

Hugo Georges era de Carolina del Norte. Un día, entre tragos, me contó que había tratado en enlistarse en el ejército al recién cumplir los dieciocho años, pero lo habían rechazado. Que era muy seco, muy escuálido, le dijeron, *too skinny* y *rejected*. En venganza, Hugo dijo que no necesitaba llevar un rifle para ser *a true man* y que podía hacer algo igual de peligroso. Fue entonces cuando vino a Alaska, me contó. «Tres meses más de trabajo y le puedo pagar la universidad a mi hija».

—Tal vez podemos cambiar turnos —le dije.

—¿Qué te toca mañana?

—Empaque —dije, recibiendo el espejo de Franz de Kentucky.

—Se rio. *Even worse* —dijo—. Mucho peor.

—¿Qué tengo que...?

—*English* —dijo el Sueco, molesto. La luz empezó a parpadear. Marcelo se levantó, la apagó y volvió a encender. El mar burbujeaba afuera.

Vi mi rostro reflejado en el espejo. Me sorprendí de los secos y agrietados que tenía los labios, pero sobre todo me sorprendí del color de mi piel. Ya no era moreno. Había perdido lo café de mis cachetes. Estaba pálido. Parecía enfermo, como con anemia, como me decía mi mamá de pequeño cuando estaba muy flaco.